

A. C. GRAYLING

EL SIGLO XVII Y EL NACIMIENTO DE LA MENTE MODERNA

LA ERA
DEL
INGENIO



Ariel

Índice

Portada

Dedicatoria

Citas

Mapas

Parte I. Prefacio

Capítulo 1. Mirando el universo

Capítulo 2. La época en la historia de la humanidad

Parte II. Una época de guerras

Capítulo 3. Los orígenes de las guerras

Capítulo 4. La pérdida del Palatinado

Capítulo 5. Los capitanes mercenarios

Capítulo 6. El Edicto de Restitución, 1629

Capítulo 7. El apogeo sueco

Capítulo 8. De Wallenstein a Breisach

Capítulo 9. Hacia Westfalia

Capítulo 10. En las ruinas de Europa

Capítulo 11. Conflictos marítimos

Parte III. La acumulación de ideas

Capítulo 12. La élite intelectual

Capítulo 13. Atajos hacia el conocimiento

Capítulo 14. El Dr. Dee y el arte más potente

Capítulo 15. El pánico rosacruz

Parte IV. De la magia a la ciencia

Capítulo 16. De la magia al método

Capítulo 17. El nacimiento de la ciencia

Capítulo 18. Guerra y ciencia

Parte V. El orden social

Capítulo 19. Sociedad y política

Capítulo 20. Lenguaje y creencia

Parte VI. Conclusión

Capítulo 21. ¿Es un mito?

Bibliografía

Agradecimientos

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

A la primera promoción de NCH: *anima cultura gaudere*

La historia no es sino la enseñanza de la filosofía mediante ejemplos.

TUCÍDIDES

Non est ad astra mollis e terris via.

SÉNECA





PARTE I

PREFACIO

1

Mirando el universo

Si sale de casa una cálida noche y mira hacia arriba, ¿qué ve? Imagínese respondiendo a esta pregunta hace 400 años. ¿Qué veía entonces la gente cuando miraba las estrellas? Es digno de señalar que, pese a ver lo mismo que vemos nosotros hoy en día, ellos veían un universo diferente, con todo un conjunto distinto de significados, tanto inherentes como para sus propias vidas. Esto subraya un hecho muy importante: que a principios del siglo xvii, la mente (la mentalidad, la cosmología) de nuestros ancestros más cultos y reflexivos seguía aún, fundamentalmente, inserta en el continuo de sus propios ancestros de la Edad Media, pero a finales de ese mismo siglo ya se había vuelto moderna. Este sorprendente hecho implica que el siglo xvii es un periodo muy especial en la historia humana. Se trata, en realidad, de *la época de la mente humana*. A lo largo de las siguientes páginas sustentaré esta gran afirmación.

El siglo xvii está entre los periodos más intensamente explorados en el estudio de nuestra historia. Por lo tanto, quiero entrar en este campo con las debidas advertencias: lo que me interesa es cómo, hablando del modo más general posible, la mentalidad de las personas mejor informadas del siglo pasó de ser medieval a ser moderna en un tiempo tan corto y tan tumultuoso. Hacerlo en un solo libro implica seleccionar, muestrear y calcular; no hay posibilidad de exhaustividad. Pero ver el patrón tras un gran movimiento de pensamiento es como tomar una fotografía aérea de un paisaje: se buscan los contornos más generales, y dado que

al explicar el siglo xvii los grandes temas son la ciencia, la filosofía y las ideas, se trata de una zona en la que el filósofo y el historiador de las ideas se pueden adentrar con cierta seguridad.

Hay que hacer una afirmación polémica. La empresa de la historia, en su vertiente más académica, requiere periódicas revisiones para seguir existiendo. Esto es, en general, algo bueno, pues mantiene vivos los debates y ofrece nuevos retos a nuestra comprensión del pasado y, por lo tanto, también del presente. Una de las revisiones opuestas a la tesis de que el siglo xvii es el crisol de la modernidad es la de que *no* fue el crisol de la modernidad: «Ya no se considera que la revolución científica y la Ilustración sean etapas cruciales en el triunfal progreso de la razón científica, ni se percibe que tales progresos marquen el declive de la creencia en lo sobrenatural ni el origen del “desencanto con el mundo”», escribe un crítico de un libro acerca de cómo la creencia en el ocultismo había persistido hasta llegar al siglo xviii.¹ Ni crítico ni criticado (como cualquiera que no crea ya que el periodo fue crucial) se dan cuenta de un punto fundamental: sí, por supuesto que la superstición y las viejas creencias persistieron (aún lo hacen, en muchos sitios) pero la revolución en el marco de mentalidad que se dio en el siglo xvii las redujo a una marginalidad funcional; si antaño habían sido la perspectiva central y dominante de todas las mentes, comenzaron a quedarse en las cunetas de la metafísica y la moral, de la política y de las relaciones internacionales, conforme se adentraban hacia los espacios más privados de las vidas de los individuos.

Mi interés en la historia intelectual del siglo xvii viene de lejos. A lo largo de los últimos veinticinco años, en una investigación académica sobre el pensamiento de George Berkeley (1685-1753), en una biografía de René Descartes (1598-1650), en un libro acerca de conceptos de libertad

que surgían de los debates acerca de la libertad de conciencia y de investigación en los siglos XVI y XVII, y en una serie de ensayos acerca de Locke, la revolución científica y la Ilustración, he llegado a la conclusión de que el siglo XVII es especialmente relevante. Mi razonamiento es que se trata de la época de la historia de la mente humana:² ha habido otras épocas, por supuesto —muchas, en realidad—, pero ninguna de ellas cambió de una manera tan drástica la perspectiva de la humanidad con respecto al universo. Dado que este cambio se dio mientras Europa se desgarraba en continuas guerras, en medio de inseguridades y opresiones, con vertiginosos nuevos sistemas de pensamiento desafiando a las antiguas certezas, esta época es un espectáculo profundamente absorbente y fascinante. Y, como siempre ocurre con la historia importante, uno aprende mucho acerca de su propia época y circunstancias.

Lo misterioso, con respecto al siglo XVII, es cómo el mayor cambio de perspectiva de la historia de la humanidad pudo darse en medio de la confusión de la época. ¿O se encuentra la respuesta en la pregunta misma? Uno de los objetivos de esta investigación acerca de ese tiempo de guerra y genialidad es sugerir una respuesta.

La mentalidad de una época es el resultado de las aportaciones de las mejores mentes de ese momento, en forma de debates, ideas y descubrimientos. Por lo tanto, la historia del siglo XVII es la historia de sus mejores mentes y sus interacciones.

También es el estudio de aquello que hizo posible (y, a menudo, urgentes) tales interacciones. Al mirar hacia atrás encasillamos, por comodidad, y pasamos por alto detalles importantes. Hablamos de la revolución científica, y la diferenciamos de la filosofía de esa época, de la que decimos que dio forma a los posteriores debates en epistemología, metafísica y teoría política, y, así, procedemos como si las

revoluciones científica y filosófica no fuesen lo mismo, o, más bien, partes constituyentes de un mismo todo. Pero eran, en realidad, partes una de la otra, y, conjuntamente, de la revolución en la manera de pensar de la época.

Más aún: la revolución en cuestión no habría sido posible si las ideas no hubieran podido circular, al menos más libremente que lo que podían hacerlo las personas. De modo que para comprender cómo progresó el pensamiento en este periodo, hemos de aprender algo acerca de algo tan mundano como los servicios postales de la época. También es interesante señalar que había varios individuos que actuaban como, por así decirlo, servidores de internet, conectando entre sí a los sabios de Europa y facilitando el flujo de información e intercambio de ideas entre ellos. Uno de ellos era Marin Mersenne. Su propia y variada obra posee la característica de la revolución mental de la época, que es el esfuerzo por separar las investigaciones genuinamente productivas de las redes del misticismo, ocultismo, magia, rosacrucismo y, evidentemente, de las prohibiciones de la religión, que se sentía amenazada por los cuestionamientos escépticos hacia su autoridad, y era, por lo tanto, hostil hacia el crecimiento del conocimiento secular y el alfabetismo.

Otros estudiosos del siglo XVII han señalado el auge de publicaciones en lenguas vernáculas, y la proliferación de sectas protestantes (algunas de ellas, con su mundano acento en las bendiciones del éxito material: «El protestantismo y el auge del capitalismo» combina dos conocidas tesis al respecto) entre sus rasgos transformadores, y se trata de buenos argumentos. Pero es importante ponerlos en un contexto más grande. Las actitudes hacia las condiciones materiales de vida son efectos de un cambio de mentalidad acerca de qué es importante; el aumento de la alfabetización y la proliferación de publicaciones en lenguas vernáculas (especialmente de panfletos, sátiras, tratados políticos y

noticias) están entre las causas. Estas publicaciones, a su vez, están entre los vehículos que transportan ideas de mente a mente: y las ideas son los motores del cambio.

Examinar todas esas mentes, sus obras y sus interconexiones incluso de una manera mínimamente satisfactoria sería un trabajo enciclopédico. Pero espero que los esbozos aquí ofrecidos demuestren que el siglo XVII es realmente el momento en que la historia cambió su curso, de un modo tan profundo que todo lo que había antes pertenece a un mundo anterior, y todo lo que vino después, es nuestro mundo.³

En la Parte II realizo un esbozo sobre la guerra de los Treinta Años y, de manera más breve, de las guerras marítimas anglo-neerlandesas. Las últimas secciones de la narración de la guerra de los Treinta Años son, debido a la naturaleza misma de la guerra, reiterativas y poco concluyentes, pero creo que esto da una impresión precisa acerca de la falta de sentido de la prolongación de un conflicto tan destructivo. Seguirla hasta su extenuante final, sin embargo, es importante: debajo subyace el cambio histórico. En la Parte III describo el telón de fondo intelectual de la revolución del pensamiento del siglo, sin olvidar las ambiciones ocultistas de quienes buscaban rutas mágicas hacia el conocimiento. La Parte IV narra el surgimiento de modos más responsables de investigación y pensamiento; la Parte V describe la aplicación de éstos en la sociedad, y en la corta Parte VI y última ofrezco mi explicación de cómo y por qué el siglo XVII produjo el mundo actual.

2

La época en la historia de la humanidad

Durante miles y miles de años la mayoría de humanos pensaban en la Tierra como centro del universo, y en sí mismos como centro de ese centro, más o menos como lo hace un niño. Pero dado que en Europa, en algún momento dado, a ambos lados de una línea divisoria, esta visión cambió espectacularmente, es el momento de parar y preguntarse por qué y cómo ocurrió eso. Una respuesta (la correcta, aunque poco útil) es, evidentemente: por toda la historia que condujo a ese momento. Pero la parte crucial de esta respuesta correcta es que el cambio fue uno de paradigma, que implicó un giro de noventa grados de perspectiva que trajo consigo una imagen completamente nueva del mundo (la nuestra, la actual) y que fue un cambio que ocurrió con una notable rapidez. Hubo un punto de inflexión y después un efecto en cascada, de un modo muy habitual en los asuntos humanos. Pero éste no era un punto de inflexión común.

Hoy en día hay quien habla y escribe acerca de esta revolución del pensamiento como si hubiera sido algo inevitable, cuyos rasgos principales se hubieran convertido en un lugar común de nuestro pensamiento. Pero hacer eso significa obviar la importancia de lo que se jugaban aquellos que realizaron el cambio y muchos más a los que se les presentó, a veces de modo alarmante e incómodo. Otras tradiciones de pensamiento, habitualmente las religiosas, han reclamado otros momentos de cambio (el éxodo de un pueblo desde su esclavitud, una revelación en la cima de